



Socialismo y Democracia

Filosofía, 06/03/2014

Disipado en parte el delirio maniaco-triunfalista de la derecha tras el colapso soviético, la reflexión sobre la clausura del "socialismo real" y el desafío de la revolución científico-tecnológica en curso comienzan a generar promisorios espacios de lucha política y reflexión teórica. No carece de cierta lógica perversa la coincidencia entre el anuncio del "fin de la historia" de Francis Fukuyama y la pretensión de archivar para siempre las concepciones que hacen de la igualdad de oportunidades, la equidad social y una democracia digna de ese nombre, el eje no sólo de un futuro deseable sino, considerando la actual encrucijada ecológica, de la propia supervivencia de la civilización. A su vez, los rotundos fracasos de la socialdemocracia moderada la han revelado más como una forma de adaptación al capitalismo, que una propuesta de transformación radical del orden social. El desplome soviético cayó sobre las cabezas de todas las corrientes de izquierda por igual, y al mismo tiempo que destruyó falsas ilusiones de regeneración, fue evidente que el ocaso soviético liberó a la izquierda de cargar con el pesado lastre de esa versión inviable, gris, y desencantada de "socialismo realmente existente" para volver a pisar el suelo firme de lo que realmente merece llamarse socialismo.

Desde su origen la humanidad vio abrirse paso gradualmente durante milenios, en medio de múltiples espejismos y tergiversaciones, la noción genérica del "bien común" como meta anhelada y factible, como un principio de acción eficiente, capaz de sustraernos a la amarga imagen de la existencia que sintetiza Macbeth, el personaje de William Shakespeare, en una pocas palabras, hoy de inusitada actualidad: "El cuento de un imbécil, lleno de estrépito y furia, que no significa nada.

El hecho de que al igual que la efímera Comuna de París (marzo-abril 1871), la revolución bolchevique de 1917 en Rusia sólo pudiera desplegar de modo cabal por breve tiempo sus nuevas formas emancipatorias, no invalida la indiscutible realidad de que puso sobre la tierra un inédito proyecto de vida social, apuntando a motivaciones y valores cualitativamente superiores a todo lo antes conocido, de una riqueza y una amplitud de miras sin precedente. Más allá de su colapso a fines de los años ochenta y por encima de los errores que siempre tuvo y de las aberraciones en que desembocó, el mundo insinuado en los primeros años de la Revolución rusa constituyó la comprobación práctica en la escena social del carácter histórico, superable y obsoleto del modo de producción capitalista. Las nuevas formas de organización que instauraron los bolcheviques mostraron durante ese lapso una extraordinaria eficacia en condiciones completamente desfavorables, y son los que a la postre, durante más de medio siglo, posibilitaron hacer pasar al país más atrasado de Europa de los castigos corporales a los campesinos y el arado de madera a la energía nuclear y los vuelos espaciales.